

**VII Congreso Interacional Multidisciplinar sobre el Trastorno por Déficit
de Atención y Trastornos de la Conducta**

Madrid, 27 y 28 enero 2012

Hospital Universitario Ramón y Cajal

“La información y su repercusión en el comportamiento de los menores”

Javier Fernández Arribas, periodista

Introducción.-

Para empezar, me he planteado ¿qué información consumen los niños? ¿Se responsabilizan los padres de la información que llega a sus hijos? ¿Las nuevas tecnologías representan mayores peligros que la propia televisión?

Voy a intentar contestar a estas y otras cuestiones básicas cuando se aborda la información y su repercusión en el comportamiento de los menores. Hay que evaluar primero lo que les interesa a los niños. Como adultos, hay demasiadas ocasiones en que no nos ponemos en la piel de un niño y pensamos que a los niños les tiene que gustar lo que nos gusta a nosotros o les tiene que interesar lo que nos interesa a nosotros. Craso error porque nuestros prismas de adultos son muy diferentes y, sobre todo, porque las circunstancias han cambiado radicalmente desde que nosotros éramos niños.

Si nos colocamos en el papel de los medios de comunicación, la gran mayoría pretende que su trabajo tenga repercusión, audiencia, éxito para, en principio, mantener el trabajo, un bien escaso últimamente, y, por supuesto, ganar mucho dinero. En este último caso es el empresario el que más presiona.

¿Se tienen en cuenta los contenidos porque lo pueden ver los niños? Pues hay profesionales que sí, pero también hay demasiados que no.

Pero llegados a este punto: ¿cómo consumen información los niños?

Principalmente y dependiendo de su edad y la evolución que se produce de las fuentes de información: el primer lugar lo ocupa la familia, los padres. En segundo lugar: el colegio. En tercer lugar: los amigos. En cuarto lugar: los medios de comunicación y ahora también las nuevas tecnologías y las redes sociales.

Por supuesto que tenemos que diferenciarlo según la edad.... Pero el problema sobre las repercusiones positivas o negativas radica en la dedicación de los padres cuando sus hijos tienen corta edad. ¿Por qué? Porque hay muchos padres concienciados de la gran trascendencia del contacto y de la información que precisan sus hijos, pero cada día hay más que llegan a casa muy tarde.... Porque tienen que buscarse la vida, y los parados los primeros,,,, entonces quien se ocupa de los niños en el momento en que llegan del colegio y en el momento que llegan sus padres. Estarán pesando que los abuelos, ojala hubiera tantos afortunados; la chica, es más habitual; la televisión: exacto pero ahora también los videojuegos y cuando la edad va subiendo, los móviles y la redes sociales.

Cuando todo va bien y hay una buena educación en casa, nadie se tiene por qué preocupar aunque es un error bajar la guardia porque la información que reciben los niños en el colegio no está totalmente codificada por los profesores, sino que la reciben de sus propios compañeros y algunos mayores que ellos,,, y después de sus amigos en el barrio.... Y si la educación es la adecuada, habrá control de lo que los niños ven en TV, o en el ordenador o con los videojuegos o con las redes sociales....

Pero no vivimos en un mundo feliz, al revés, como ustedes saben muy bien y en demasiadas ocasiones, por no aguantar al niño, pues se le deja que vea lo que quiere en la tele, que juegue con los videojuegos aunque sean ultraviolentos y que se manden mensajes por las nuevas tecnologías con todos los riesgos que existen en la red.....

Sin duda, tenemos una gran mayoría de niños que reciben una información adecuada, una educación adecuada y aunque hubiera alguna sombra, su socialización corresponde a los parámetros establecidos, deseados y necesarios para un buen crecimiento como ser humano.

Pero también hay un elevado número de menores que perfilan su personalidad con la influencia de mala información con unas repercusiones muy negativas. Las experiencias que les quiero trasladar están relacionadas con repercusiones negativas que están principalmente asociadas con la violencia. Es mi mayor preocupación, es la preocupación general sobre todo cuando se registran casos como el de Marta del Castillo o Sandra Palo o cualquier otro muy relevante, pero no debemos ignorar que la violencia en sus diferentes manifestaciones es la causante de los principales problemas en la infancia y en las familias.

Me voy a detener ahora en la responsabilidad de los medios de comunicación a la hora de informar sobre infancia y violencia.....

Responsabilidad de los medios

La cobertura informativa de los hechos violentos que tienen como tristes protagonistas a los niños representa un nuevo desafío para los profesionales y para los medios de comunicación y reclama su responsabilidad como servicio público para el ciudadano. Cada día se registra, que nos enteremos, un hecho violento que tiene como víctima o como agresor a un niño. Se trata de un fenómeno nuevo, de una situación grave emergente o simplemente asistimos a una evolución preocupante de situaciones que se han dado toda la vida pero que las nuevas tecnologías y los medios de comunicación le confieren una nueva dimensión. En cualquier caso, es imprescindible que los profesionales de los medios de comunicación nos paremos un momento, hagamos un alto en la arrolladora actividad diaria y nos pongamos a analizar todos los aspectos relativos al trabajo informativo sobre violencia contra menores o perpetrada por menores.

No es fácil llamar la atención de algunos periodistas y medios que están imbuidos por el afán del éxito a cualquier precio y no reparan en las más esenciales reglas del periodismo a la hora de abordar cualquier tipo de situación personal que pueda atraer la atención de los consumidores por sus particularidades más morbosas. Mucho más complicado es explicar por qué esos productos consiguen tan elevado índice de consumo porque hay una variedad más que suficiente para que cada uno pueda elegir lo que más le gusta. Pero más allá del periodismo basura, se da en un formato o en otro con más incidencia, sin duda, en la televisión, estamos hablando del trabajo diario en todos los medios sobre el tratamiento de la violencia infantil.

No se trata de ocultar la realidad sino de cómo contarla. Sin querer dar lecciones a nadie, ni decirle cómo tiene que hacer su trabajo, sí es cierta la necesidad de analizar a fondo todos los elementos que conforman los hechos violentos con menores y todas las circunstancias que concurren para la realización del trabajo periodístico. Los periodistas tenemos que asumir nuestras responsabilidades, cumplir las leyes como cualquier ciudadano y asumir los principios básicos de nuestra profesión para poder recuperar nuestro mayor tesoro que es la credibilidad y la confianza de los ciudadanos. Debemos recuperar el rigor, la calidad, la profesionalidad para que los ciudadanos sientan que los medios se ocupan de los asuntos que verdaderamente les afectan y les interesan. Atravesamos una época preocupante por la politización de profesionales y de medios de comunicación, lo que se llama periodismo de trincheras que está cosechando un éxito fatuo y efímero porque la pérdida de credibilidad es directamente proporcional.

Dejando a un lado los intereses políticos y particulares de algunos profesionales y de algunos medios, el tratamiento de la violencia infantil debería quedarse fuera de la crispación y de la pugna político-mediática. Un inciso, no hay que ser ilusos o inocentes o estúpidos porque hay que tener muy en cuenta que las licencias de radio y de televisión las otorgan los poderes políticos nacionales, autonómicos y municipales sin sopesar demasiado los intereses ciudadanos de pluralidad, veracidad y rigor a la hora de abordar las noticias, sino que pretenden garantizarse una lealtad sin fisuras pase lo que pase; y que la publicidad sustenta la viabilidad de los medios de acuerdo a su audiencia. Hay ejemplos claros de que la seriedad y el rigor informativo, que no están reñidos con el entretenimiento, ganan la atención y confianza de los ciudadanos. Otra cuestión es el pelotazo inmediato y el enriquecimiento sin escrúpulos.

Debemos fomentar una autocrítica entre los profesionales y entre las empresas de medios de comunicación para afrontar este desafío con los conocimientos básicos y las consideraciones psicológicas elementales para prevenir errores y daños para la vida y el futuro de los menores y de sus familias.

Hay una primera consideración fundamental a la hora de analizar cómo se informa actualmente sobre los casos de violencia infantil: el foco debe estar sobre el agresor y no sobre la víctima. Es más complicado porque el acceso a un agresor y su entorno es mucho más difícil que a una víctima y a su entorno. Para poder realizar un buen trabajo a la hora de contar lo que pasa y por qué pasa y qué consecuencias puede tener, las fuentes informativas resultan trascendentales y condicionantes del desarrollo y resultado final.

Las nuevas tecnologías, los medios de comunicación y los niños

Los niños y los jóvenes actuales parecen haber integrado perfectamente en sus vidas todos los aparatos multimedia que les permiten el acceso al ocio, la comunicación, la información y el conocimiento. Muestran una relación perfectamente normal con las nuevas y viejas tecnologías de la información y su grado de asunción de las mismas, junto con su corta perspectiva vital, les lleva a no diferenciar entre viejas y nuevas tecnologías como hacen los adultos. Existe una estrecha relación de cotidianidad entre los jóvenes y esos aparatos multimedia que permiten el acceso al ocio, la comunicación y la información. La relación de cotidianidad que mantienen con estos dispositivos hace que ninguno declare tener mala relación o alguna prevención, ni que parezcan tener una relación patológica con ellos. Evidentemente ésta es una relación bien diferente a la que han tenido y tienen sus padres y sus abuelos con las tecnolo-

gías de la información y la comunicación. La asunción por parte de los padres y los abuelos de estas tecnologías en diferentes etapas de su vida conduce a un distinto grado de integración de las mismas, dependiendo de la etapa de sus vidas en las que han llegado y del nivel de formación general y de alfabetización digital de estos adultos.

Los niños y los jóvenes consideran sólo la versión lúdica de los aparatos que manejan con más asiduidad (televisión, vídeo/dvd, ordenador, consola, juegos electrónicos, walkman, cadena de sonido, radio). Aunque el factor de diversión es importante también en los teléfonos móviles, en su uso prima el factor comunicación, como lo demuestra el hecho de que los mensajes, las llamadas y la localización sean los aspectos más valorados y con mucha diferencia respecto a otros. Los mayores encuentran también un uso escolar al ordenador/Internet, pero incluso éstos sólo usan estos aparatos tecnológicos para jugar o distraerse. Así, en el ordenador, la consola y los juegos electrónicos destaca su rol de juego; el vídeo, la televisión, la radio, el walkman y la cadena de sonido tienen un rol de entretenimiento; en ninguno de ellos prepondera su aplicación cultural; y sólo el ordenador/Internet para los mayores mantiene cierta asociación con un rol de trabajo. Ese componente lúdico asociado a los equipamientos tecnológicos es el que permite que los jóvenes vean estos aparatos como medio de comunicación en tres sentidos:

- ✓ 1. El mero hecho de usarlo en compañía de amigos, hermanos, padres o parientes hace, desde su punto de vista, que tengan que relacionarse con ellos, aprendiendo a comportarse durante el juego, interactuando con los demás, es decir, aprendiendo a asumir los papeles de interacción social que les servirán para su desempeño como adultos.
- ✓ 2. Estas tecnologías y el software que las acompaña tienen una función de cohesión social, establecen lazos de acercamiento entre los jóvenes y les permite tener sentimientos de pertenencia a un grupo. Estos aparatos y sus funciones lúdicas son también tema de conversación entre los jóvenes, que tanto pueden hablar del soporte en sí (consola "Nintendo 64", el último modelo de ordenador) como de los distintos juegos. Es fácil ver a jóvenes de las edades estudiadas hablar con vehemencia de los distintos tipos de juegos, las ventajas de uno y las desventajas de otro, de los juegos que les han regalado recientemente, de los juegos que van a pedir en navidades (los menores) o de los nuevos juegos de Internet o de las salas de máquinas (los mayores).
- ✓ 3. La escasez de medios económicos de muchos niños y jóvenes hace que tengan que cambiarse los juegos, que los pirateen (sobre todo los mayores), que los descarguen de la red, que se regalen o intercambien entre sí los juegos de ordenador o los videojuegos.

Para los niños y para los jóvenes, en su conjunto, estos aparatos permiten comunicarse con los demás, tanto con sus padres (a través de los propios juegos, el uso y las instrucciones o a través de sus peticiones de compra de juegos) como con los componentes del grupo de amigos. El móvil, por ejemplo, ha favorecido la comunicación de los niños y jóvenes con sus iguales y con sus padres.

No parece que el uso de estos aparatos, incluido el uso de Internet (probablemente el abuso), cree ningún tipo de problemas en las relaciones de los niños y de los jóvenes con sus padres (y familia), con sus amigos y con sus profesores. No tenemos ningún indicio que nos haga pensar que estos aparatos repercuten en estas relaciones deteriorándolas.

Los niños y los jóvenes son un grupo de edad de gran valor estratégico para los productores de contenidos y servicios multimedia del mañana. Sus actuales modos de acceder a los contenidos y de comunicarse con sus homólogos marcará cómo serán los servicios del futuro en la televisión digital, en Internet o en el medio preponderante los próximos años. Las grandes empresas de contenidos multimedia saben que los jóvenes quieren interactuar con unos medios rápidos y fáciles en el acceso y que nada tiene sentido en su consumo si no puede ser compartido con sus amigos (Griffiths, 2003:24).

A medida que los niños se hacen adolescentes van ganando peso sus propios amigos. Y es importante observar e insistir en que los jóvenes siguen teniendo claro, a pesar de la presencia masiva de equipamientos tecnológicos en sus vidas, que los amigos tienen un papel estelar frente a los aparatos. A pesar del apego a ciertos aparatos que tienen los niños y los jóvenes, todos siguen prefiriendo y poniendo en primer lugar a los amigos antes que a las máquinas.

Lo que hacen los medios

“Los Estados Partes reconocen la importante función que desempeñan los medios de comunicación y velarán porque el niño tenga acceso a información y material procedentes de diversas fuentes nacionales e internacionales, en especial la información y el material que tengan por finalidad promover su bienestar social, espiritual y moral y su salud física y mental”.

(Convención Internacional sobre los Derechos del Niño, Artículo 17)

Decía Groucho Marx que encontraba la televisión muy educativa: “Cada vez que alguien la enciende —escribió— me retiro a otra habitación y leo un libro”.

Sin embargo, según el resumen de datos del Estudio General de Medios, es el medio que mayor penetración social tiene, con un 88,6%.

Que no todos pensamos como Groucho, está claro. A bastante distancia, a la televisión le sigue la radio, con un 55,9%. Después, las revistas (52,0%), los diarios (41,6%), los suplementos (26,9%), Internet (20,6%) y el cine (6,6%).

Los medios, todos en general, pueden convertirse en el mejor amigo del niño, y como tal, pueden ayudar, enseñar, informar, tratar de educar, entretener... pero también pueden convertirse en su peor enemigo. Pueden corromperles, simplemente, porque tienen el poder para hacerlo. Y sobre todos ellos, la televisión, es la que manda. Lo rige todo. Queramos o no, nos guste o no, lo que no aparece en televisión, no existe. Por eso, y teniendo en cuenta que no deja de ser un electrodoméstico con dos misiones fundamentales, informar y entretener —y seguramente, no por ese orden—, resulta necesario regular no tanto sus contenidos, como el acceso a ellos.

Los medios de comunicación social y, muy en particular, la televisión, pueden convertirse en plataformas nocivas de información/ educación/ opinión, cuando la audiencia que los capta es la infantil: vulnerable, gregaria y capaz de imitar a la perfección todo aquello que ve y oye.

Lamentablemente, vivimos en una sociedad cruel y deshumanizada. Nos enteramos antes de los acontecimientos violentos, guerras, asesinatos o violaciones sucedidas en cualquier rincón del mundo que de las alegrías de aquellos que viven a nuestro lado. Es el poder de los medios de comunicación:

la inmediatez del mundo globalizado en el que vivimos.

La realidad es violenta y no es misión de los medios esconderla. ¿No sería contraproducente mostrar al espectador un mundo de bondad que en realidad no existe? La misión de los medios es reflejar la realidad tal cual es. Con las tremendas implicaciones que eso conlleva.

Según el informe Consumo de Medios en Europa 2010, España es el cuarto país europeo en cuanto a consumo diario de televisión se refiere. Los adultos vemos la televisión una media de 226 minutos al día (3,7 horas) y los niños 146 (2,4 horas). Sólo nos superan italianos, griegos e ingleses. Hoy, nueve de cada diez españoles ven la televisión. En la mayoría -por no decir en la totalidad de nuestros hogares- los lugares de reunión se disponen alrededor de la televisión. No hay que restarle su importancia, pero tampoco hay que demonizar al medio como responsable de todos los males del siglo XXI. La televisión sólo refleja la realidad. Simplemente, ofrece pautas de comportamiento. No obliga a nadie a asumirlas, ni siquiera a considerarlas un ejemplo. Aunque sí es cierto que el espectador es sensible a ese reflejo y, más en concreto, los niños en pleno proceso formativo.

¿Qué hacen los más pequeños después de salir del colegio? Ver la tele. De hecho, es la elección favorita del 92% de los niños, por delante de salir a jugar a la calle, merendar

o hacer los deberes. La complejidad a la hora de conciliar vida laboral y vida familiar impiden a la mayoría de los padres controlar el consumo televisivo de sus hijos. Sólo el 30% de los padres ven siempre o casi siempre la televisión con sus hijos. Según un estudio del Centro de Investigaciones Sociológicas, dos de cada tres padres reconocen abiertamente que no controlan lo que ven sus hijos. La tarea no es más fácil cuando los padres están en casa, porque el 31,3% de los niños españoles de entre 4 y 12 años, tiene un televisor en su cuarto. Los niños se han acostumbrado a ver la televisión en soledad. Este hecho dificulta sobremanera que los padres conozcan los contenidos televisivos que consumen sus hijos. Es necesario, por tanto, no sólo que sepamos qué ven nuestros hijos en la tele, sino que les enseñemos a verla.

Por ejemplo, ¿se ha fijado en la escasa oferta de programación infantil que ofrecen las televisiones generalistas?

Quizás por ello, el 84% de los niños, que ven la televisión para entretenerse, se decantan por series y reality shows. La ingesta de este tipo de contenidos hace que abandonen cada vez más pronto su etapa infantil, para convertirse en pequeños adultos. Se sienten atraídos por contenidos cada vez más duros. En un año, un niño puede ver 12.000 actos violentos, 14.000 referencias sexuales y más de 20.000 anuncios. Unas cifras más que suficientes para que, si no se ejerce un control educativo, pueda afectar tanto al proceso formativo como al desarrollo de su personalidad. Ver la tele no debe ser sólo sentarse delante de una pantalla a ingerir cualquier cosa que se emita, sino que ha de convertirse en una tarea responsable en la que se digiera, de la oferta, sólo aquello que nos interese.

Pero los impactos visuales no sólo afectan a los más pequeños. Los adultos también consumimos imágenes e información masivamente. En ocasiones, ni siquiera nos da tiempo a digerirla. Leemos periódicos, escuchamos la radio, navegamos por Internet. ¿Qué deben hacer los medios, entonces? ¿Cómo informar sobre la violencia en general, y sobre la violencia infantil en particular? ¿Deben autocensurarse o deben apelar al sentido común, crítico y responsable del adulto que consume sus contenidos, y que debería velar, además, por el menor convertido en consumidor potencial?

La primera reflexión tendría que partir de la base de que nadie (niños, adolescentes o adultos) tendría que inmunizarse ante la violencia reflejada en los medios, que no es más que un botón de muestra de lo que ocurre en nuestra sociedad. No se puede asumir de ninguna manera como normal algo que, por desgracia, es habitual. Esa tarea debe partir de los informadores en primera instancia, pero ha de ser recogida por los educadores (entorno familiar, social, escuelas, etc.) para que el ciclo informativo se cierre satisfactoriamente.

El País aportaba aún más detalles y añadía: Los agentes ya habían estado en el interior de la vivienda en busca de fotografías de los

menores y de posibles pistas en torno a su paradero pero “¿quién hubiese mirado en la lavadora y secadora?”, añadió Hart.

PRENSA Y REVISTAS

El 25 de Septiembre de 2006, la policía de Illinois encontraba en el interior de una lavadora los cuerpos de los tres hijos de Jimella Tunstall, una embarazada que había sido asesinada días antes y a quien le habían arrancado de su vientre, con unas tijeras, a su feto de siete meses. Sus otros tres hijos estaban desaparecidos. La última vez que se les vio, estaban en compañía de Tiffany Hall, una mujer de 24 años, amiga de la madre, que finalmente fue acusada formalmente de su asesinato.

Efectivamente. La información, de por sí, es lo suficientemente cruda como para añadir más detalles. Sin embargo, los hay. Y periódicos y revistas, los añaden. El Mundo, por ejemplo aseguró que fue la propia Hall la que indicó a la policía que los niños estaban en el apartamento.

“No dijo que los había matado”, pero sí que los podrían encontrar “por el olor”, declaró el funcionario del condado de St. Louis, Ace Hart 45.

Hasta ahora, no dejan de ser datos, contados con más o menos acierto y sensibilidad. Pero así son los sucesos. Sin embargo, la información fue más allá, y en periódicos y revistas de todo el mundo se publicó la imagen de los tres niños asesinados. Bien es cierto que, en una información de sucesos, siempre se busca la imagen del fallecido, pero, en este caso en concreto ¿era necesaria?

La tremenda muerte de tres criaturas inocentes no sólo da la vuelta al mundo, sino que, además, su imagen se tritura y consume como un producto más. ¿Aporta realmente algo? No. Es, simplemente, una cuestión de morbo.

RADIO

La radio es el medio donde mayor participación de la audiencia hay y donde ésta es más directa e impactante. A los oyentes se les permite opinar, protestar, apoyar una u otra decisión del gobierno, contar sus experiencias vitales, sean buenas o malas. Tiene una propiedad casi mágica: provocar que quien escucha, imagine todo lo que no está viendo. Sin embargo, en lo estrictamente informativo, la radio apenas aprovecha ese recurso. Tal vez, porque no tiene encima la presión de la audiencia diaria -el Estudio General de Medios, (EGM), que se ocupa de cuantificar las audiencias radiofónicas, se publica cada tres meses-. O tal vez, simplemente, porque sus profesionales confían en la fuerza de sus palabras y no recurren tan a menudo a los fuegos de artificio.

¿Cómo cuenta, por definición, un informativo de la radio un suceso? Dando la información pura y dura. Sin añadir apenas emoción. La inmediatez con que se dan las noticias es suficiente. La radio es información, y sus noticias, son titulares. “Aparecen

mueritos en su casa de Santomera, Murcia, dos niños de seis y cuatro años”. Es suficiente para que el oyente esté informado. No necesita más. Si quiere más, si quiere ponerle cara a esos niños o a la madre que, finalmente, resultó ser su asesina, no tiene más que encender el televisor.

A la radio no le hace falta comenzar esa información con los desgarradores gritos de la madre al abandonar la casa donde habían sido asesinados sus hijos, o con la reacción del marido cuando ella fue detenida después del entierro de los niños, como presunta autora material del asesinato. Los profesionales de la radio saben que no necesitan de ese tipo de recursos para lograr que sus informaciones lleguen a su audiencia, informándoles y, si es el caso, emocionándoles.

Sin embargo, la radio sí derrocha todos esos recursos en sus programas. Sobre todo, en aquellos que acompañan durante las madrugadas. Aquellos donde el oyente es quien se desnuda literalmente ante la audiencia, sea ésta cual sea. Donde igual puedes escuchar un consejo si eres una adolescente embarazada que no sabe qué hacer, si eres un hombre que acaba de tomar conciencia de que es un maltratador, o si eres alguien deprimido al borde del suicidio. La crudeza de todos estos testimonios en el silencio de la noche ha hecho de esta fórmula todo un éxito de audiencia al que sólo tienen acceso los adultos. Esto también nos debería hacer reflexionar.

TELEVISIÓN

Informativos versus programas

Desde el punto de vista estrictamente televisivo, habría que distinguir entre el género puramente informativo y los programas, informativos o no, que se hacen eco de noticias cuyo contenido puede girar en torno a la violencia. En este aspecto, en aras del derecho a la información, se permiten contenidos en los telediarios que de ninguna manera se consentirían, o al menos, sin críticas feroces, en programas fuera de la franja horaria dedicada a la información. Por ejemplo: un informativo a las 15:00 horas o a las 21:00 horas puede emitir la ejecución, y de hecho, lo hace, de una persona en un conflicto armado, importándole poco si se trata de un horario protegido para el menor (el horario protegido es desde las 6:00 horas hasta las 22:00 horas); mientras que de ninguna manera esas imágenes podrían ver la luz en un programa. ¿Por qué? ¿Quién distingue entre una cosa y otra? ¿Por qué son perniciosas según qué imágenes dentro de un programa y no dentro de un informativo?

Guste o no, los informativos, al igual que el resto de la programación de televisión, buscan audiencia. Cada vez son más las ediciones nacionales que abren con los titulares del suceso del día, relegando a tercera o cuarta posición la información política. ¿Cuál es su objetivo? ¿Cumplir el compromiso con el espectador, ser el ejecutor de ese derecho a la información o ser líder de audiencia? La televisión ofrece lo que el público demanda. Y el verdadero hecho es que el espectador quiere ver lo

que sucede, tal y como es. Como periodistas, la única limitación debería ser la del respeto a las personas implicadas.

19 de Noviembre de 2006. Informativos Tele 5. La noticia era la explosión de una vivienda en Cuenca, por culpa de un escape de gas. Un padre y un hijo mueren a consecuencia del suceso.

Las imágenes muestran el cadáver del padre, cubierto por una sábana, tirado en el suelo de la calle. A eso ya parecemos acostumbrados. El cuerpo del hijo fue a parar a un árbol, donde quedó agonizando hasta que murió, minutos después de que llegaran los servicios de emergencia. La insólita imagen se acompañaba de una más que gráfica locución, por si algún espectador dudaba de qué había debajo de la manta térmica que colgaba de las ramas de aquel árbol escuálido y chamuscado. ¿Es necesaria esa imagen? ¿Y esa descripción? ¿Se está respetando la memoria de esa persona? ¿Y la de las personas que le querían?

La televisión como culpable o como reflejo de la violencia

Podríamos distinguir dos posicionamientos:

- a) La violencia que impregna la televisión se ha convertido en la causa de la violencia que existe en la sociedad, de manera que perjudica gravemente la conducta, especialmente, de los niños.
- b) La televisión, simplemente, refleja la violencia que existe en la sociedad, actúa a modo de espejo. ¿Son gratuitos los detalles sobre el marido que asesina a su mujer y lo hace delante de sus hijos? Tal vez, pero son reales.

Cada vez son más frecuentes las reconstrucciones de los hechos para explicarle al espectador cómo ha sido el suceso. Sobre todo, en este tipo de informaciones, donde en la mayoría de los casos, cámara y periodista tienen poco más que la fachada de una vivienda para grabar. La reconstrucción es un recurso del lenguaje televisivo y como tal ha de entenderse. En el caso de los programas, generalmente, por cuestiones de tiempo y presupuesto, esas reconstrucciones suelen ser mucho más elaboradas que en el caso de los informativos, donde se suele recurrir a los pies o las manos del periodista para hacer planos subjetivos. Eso no quiere decir que los programas sean más morbosos y se recreen más en los detalles. Son además, los programas y no los informativos quienes advierten al espectador de que se encuentra ante una reconstrucción.

Para que no haya dudas. No es una cuestión de morbo.

¿De qué estamos hablando entonces? De no contribuir a generar mayor violencia con el lenguaje televisivo. Pero, ¿quién marca ese límite? ¿Hay que perder información? ¿Es una opción del

periodista, del medio o de quién está recibiendo la información?

Los medios de comunicación, principalmente la televisión por su penetración e impacto social, como en un futuro hará Internet, son muy importantes para la educación y la formación de la infancia. Pero no hay que darle el papel principal. Ha de ocupar un lugar secundario, cuya responsabilidad siempre debería estar por detrás de la familia y la escuela.

¿Es peor el remedio que la enfermedad?

En diciembre se han cumplido dos años desde la entrada en vigor del Acuerdo para el fomento de la regulación sobre contenidos televisivos e infancia, más conocido como Código de Autorregulación Televisiva. Hay que destacar su valor como herramienta que sirve para evaluar los contenidos, pero ¿realmente ha tenido el efecto que se perseguía?

Antena 3 TV emitía cada día la polémica serie japonesa de dibujos animados Shin Chan, en horario de máxima protección, de 8:00 horas a 9:00 horas. Esta franja hace que durante su emisión, en el margen superior izquierdo, aparezca una señal: +7 de manera permanente, que advierte de su no recomendación para menores de siete años. Duplica la audiencia que cosechaba el informativo que se emitía en esa franja anteriormente. Por lo tanto, se prescinde de las noticias para seguir las aventuras de un niño que critica el tamaño de los pechos de su madre y que tiene un padre aficionado al alcohol. Muy educativo no es. Aunque pueda resultar divertido, no para niños ni en esa franja. A esa hora, Tele 5 emitía un informativo, que emite una noticia sobre una matanza en Irak o el asalto a una sucursal bancaria o el caso del último profesor acosado por sus alumnos o la víctima X de la violencia de género. Tampoco es que sea especialmente educativo. Aunque sea un informativo. Y no lleva ningún distintivo o señal que advierta de su “posible efecto pernicioso para un menor o su escasa recomendación”.

Caemos, una vez más y como si fuera una tentación, en demonizar a la televisión. Tal vez porque es el medio al que más fácil acceso tienen los más pequeños, quienes la utilizan en demasiadas ocasiones como una niñera electrónica. El Código de Autorregulación plantea como uno de sus objetivos fomentar el control de los padres en los contenidos televisivos que consumen sus hijos.

Se trata sin duda de uno de los objetivos que más lejos está de cumplirse, pero no es el único:

Se incumple prácticamente a diario la colaboración en la correcta y adecuada alfabetización de los niños, evitando un lenguaje insultante; la utilización instrumental de los conflictos personales y familiares como espectáculo (porque crea desconcierto en los menores), etc.

¿Quién le pone el cascabel al gato? ¿Quién decide qué, cómo y cuándo? Cuando se trata de una obra cinematográfica, es el Ministerio de Educación quien se encarga de calificarla pero, en televisión, es el propio medio, la propia empresa, la encargada de censurarse o no. Los programas que, en la actualidad, se emiten en horario de máxima protección vespertina, es decir, entre 17:00 horas y 20:00 horas, son inexplicablemente aptos para todos los públicos. No hay más que sentarse una tarde a hacer zapping, para darse cuenta de que, a pesar de su calificación, esto no es así.

Sugerencias: “Cómo informar sobre infancia y violencia”

1.- —Informar de los sucesos relacionados con niños como si estos fueran tus propios hijos. Es decir, ponerse en el papel de las familias afectadas. A la hora de informar de estos asuntos no vale todo: la protección de menores es un derecho fundamental reconocido internacionalmente y como tal debe respetarse. Los menores son sujetos de derecho con plenos poderes.

2.—Aplicar los principios éticos elementales en el ejercicio de la profesión periodística. Buscar la veracidad de la información sin precipitaciones, con discreción y transmitirla con imparcialidad, rigor, transparencia y responsabilidad.

3.—Extremar el rigor y el celo profesional, confirmar el rumor y contrastar la información para no magnificarla, garantizar su credibilidad y ajustar su trascendencia para no alarmar.

4.—Contextualizar los sucesos: evitar informar sobre casos aislados e impactantes sin abordar sus causas y consecuencias. Valorar a tiempo la repercusión de lo que se publica o difunde, porque nuestro trabajo como periodistas va a influir en los ciudadanos del mañana y en su entorno familiar y social.

5.—A priori, cualquier periodista está preparado para cubrir una información sobre infancia y violencia. Sin embargo, la especialización resulta clave para contextualizar este fenómeno y abordar en profundidad sus causas, y sus efectos a corto, medio y largo plazo.

6.—Respetar la privacidad y confidencialidad de los menores, sean víctimas o agresores. En ninguno de los casos publicar su identidad, imagen, ni datos de su entorno que contribuyan a su identificación.

7.—Centrar más la atención informativa en el agresor y no tanto en la víctima. Evitar tanto la demonización del agresor como la justificación de sus actos. Somos

periodistas, no jueces. No caer en la victimización de los menores que padecen violencia.

8.—No discriminar en función de nacionalidad, raza, religión, sexo, etc.

9.—No caer en el morbo ni el sensacionalismo. No utilizar las noticias sobre infancia y violencia para elevar la audiencia o incrementar la difusión del medio. Evitar el circo mediático y los reality shows, así como el comercio con sucesos sobre infancia y violencia.

10.—Evitar los detalles sobre el modus operandi de los agresores que puedan provocar un efecto de imitación. Ser muy cuidadosos con la información, con el lenguaje y no difundir las imágenes grabadas por los propios jóvenes.

11.—Contar con la opinión de los expertos para contextualizar las informaciones. Evitar testimonios especulativos de familiares, allegados o falsos testigos. Dar la palabra a los menores en el caso de que su denuncia sirva para mejorar la situación de la infancia.

12.—Promocionar el trabajo de entidades dedicadas a erradicar la violencia en el ámbito de los niños e incluir en las informaciones datos sobre organismos, instituciones y asociaciones que puedan servir de ayuda o apoyo a las víctimas. Ejercer una labor de control hacia aquellos organismos tanto públicos como privados que no cumplan su función de protección a la infancia.

13.—Analizar el fenómeno de la violencia y la infancia dentro de una problemática global de educación y valores. En este sentido, el papel de servicio público de los medios resulta clave. Más allá de denunciar la situación de las víctimas infantiles, contribuyendo a erradicar el silencio cómplice que en muchas ocasiones rodea los abusos a menores, deben fomentar la sensibilización social hacia este problema, su prevención, además de promover el debate público.

14.—Articular mecanismos de cooperación, consulta y apoyo entre periodistas y organizaciones periodísticas de distintos países con el fin de difundir situaciones de la infancia especialmente dramáticas, que afectan a los países del Tercer Mundo y en vías de desarrollo.

Javier Fernández Arribas

Contacto: jfarribas@movistar.es

Director del estudio **“Cómo informar sobre infancia y violencia”** disponible para consulta en la web www.especo.net

